

HÉCTOR BOSCH HERRERA

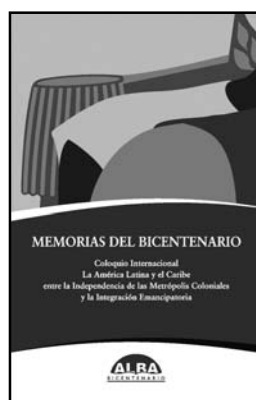
## Coloquio del Bicentenario: De la historia, el relato y un documento\*

En uno de los pasajes de *El general en su laberinto*, Gabriel García Márquez nos presenta a Simón Bolívar encarando a un francés que –desde una perspectiva europea– critica el proceso libertario americano: «[...] no nos hagan más el favor de decirnos lo que debemos hacer. [...] No traten de enseñarnos cómo debemos ser, no traten de que seamos iguales a ustedes, no pretendan que hagamos bien en veinte años lo que ustedes han hecho tan mal en dos mil».<sup>1</sup>

La Historia se constituye, en muchas ocasiones, de relatos devenidos documentos, por ello no debe sorprender que una reseña vinculada con temas his-

\* A propósito de *Memorias del Bicentenario. Coloquio Internacional La América Latina y el Caribe entre la Independencia de las Metrópolis Coloniales y la Integración Emancipatoria*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2011.

<sup>1</sup> Gabriel García Márquez: *El general en su laberinto*, Bogotá, Editorial Norma, 2012, p. 112.



tóricos se inicie con una cita literaria. En este caso, la elección no responde tanto al valor testimonial de la referencia, como a que, gracias al atrevimiento de la ficción, esta ha conseguido captar esos detalles esquivos a la mirada escrutadora del historiador, que subyacen aparentemente anodinos tras el método científico, aunque afloran luego por encima de la (¿hasta qué punto inevitable?) severidad académica.

El volumen de Casa de las Américas que recoge mucho de lo tratado en el Coloquio internacional La América Latina y el Caribe entre la Independencia de las Metrópolis Coloniales y la Integración Emancipatoria, se titula *Memorias del Bicentenario*, porque qué otra cosa es la memoria, sino el relato construido a través de años de inmersión en el pasado, al ritmo de los apremios presentes. Las interpretaciones históricas siempre pasan por el tamiz del individuo y las circunstancias desde donde se enfoca el ayer, para volcarse sobre el hoy y tratar de esclarecer los caminos futuros.

La América Latina y el Caribe tienen su propia historia por recoger, en un relativamente «corto» trayecto de algo más de doscientos años luego de

que sus naciones se independizaran de las metrópolis coloniales, pero ese recorrido coincide con la convulsa y cada vez más acelerada modernidad, lo cual equivaldría a montarse en un carro que marcha a toda velocidad y tratar de tomar el control del volante.

La peripecia de los pueblos americanos –en conjunto y cada uno por su parte–, a la luz de los acontecimientos actuales, demanda el uso de un buen retrovisor que nos permita mirar el pasado y, desde ahí, vislumbrar los posibles rumbos futuros. De eso trata este libro, que es también literatura, pues procede de ponencias y debates en los que emergen los relatos disímiles pero correlacionados de la historia de América, para convertirse en un precioso documento sobre el hoy y el mañana.

En el principio, ¿era el caos?

La independencia y la emancipación son dos conceptos que surgen constantemente durante la lectura de este volumen donde, desde variadas posiciones –a veces encontradas, pero sin duda complementarias–, se evalúa el proceso libertario de la América Latina y el Caribe.

Definitivamente, la guerra marca pautas en los registros históricos del Continente, incluyendo la primera conflagración desatada por los conquistadores europeos contra los habitantes autóctonos de la región. Al respecto llama la atención Ana Esther Ceceña, una vez que se ha contextualizado el período independentista y, volcada hacia el presente, se refiere a una beligerancia que prevalece y «adquiere especial importancia en los momentos históricos en que, a decir de los físicos, los sistemas se hacen inestables y presentan la posibilidad de bifurcarse» (375).

De este modo, la investigadora sitúa el debate en claves actuales, al definir la guerra como hilo con-

ductor desde el pasado, ahora bajo una diversidad de formas: cultural, económica, de género y de especie; por la definición y el control del territorio y de las territorialidades; de sentidos y significados, material y simbólica, explícita y subliminal. Añade, asimismo, los cambios de modalidades, de alcances y capacidades, y que «se adecua a los desafíos que en cada momento y situación le presenta la necesidad de someter lo que por naturaleza es rebelde: la vida, con sus diversidades y variabilidad» (375).

Tal apreciación debe tomarse en cuenta al adentrarnos en *Memorias del Bicentenario*, un libro que ha de leerse y, sobre todo, releerse, más que como compendio historiográfico, como punto de partida para reflexionar (otra vez) sobre las constantes filosóficas: ¿quiénes somos, de dónde venimos, hacia dónde vamos?

Como, en efecto, señala Ceceña, el hilo conductor de este volumen es la relación no siempre armónica entre independencias y emancipaciones, conceptos que por momentos parecen yuxtaponerse o transitar en paralelo, y otras veces se apartan hasta llegar casi a oponerse.

A propósito, Aurelio Alonso trae al debate la consideración de que las independencias alcanzadas dos siglos atrás desembocaron en otras dependencias, incluso en un estatuto colonial de nuevo tipo, para plantear a continuación la diferencia entre independencia y emancipación:

Emanciparse es hacerlo «del despotismo, de la ignorancia, de la miseria» (Arturo A. Roig), buscando precisar en esta distinción algo diferente, y de otra complejidad más profunda y definitiva que desprenderse de una dominación externa, aunque muy estrechamente ligada a ella. Condicionada por ella, vale decir. Concebida como realización total, la independencia no puede

darse por consumada sino desde la seguridad del país en el concierto internacional [213].

Esa es la tónica que subyace –y en ocasiones irrumpe de manera volcánica– en varias ponencias; pero sobre todo en los debates, quizá lo más jugoso del libro por su espontaneidad y honradez, su frescura y atrevimiento y, en primer lugar, debido a que participan en ellos voces autorizadas por su rigor científico y su marcado sentido de pertenencia, tanto a la historiografía como al pensamiento menos convencional. De ahí que algunos se cuestionen, incluso, si es pertinente «celebrar» el bicentenario de la independencia de la América Latina y el Caribe.

Sergio Guerra Vilaboy, en cambio, vota por la celebración: «porque aquellos próceres hicieron una emancipación con muchas limitaciones, pero consiguieron en esas condiciones lo que podían, a costa de sacrificios personales y de todos, prácticamente amplias poblaciones que sufrieron por aquel proceso» (314).

Por su parte, Claudio Katz se refiere a «[...] la emancipación inconclusa, la revolución con sus limitaciones, la participación limitada de las masas y el triunfo aristocrático sobre los movimientos plebeyos más radicales» (313), y pregunta a Grínor Rojo –quien parece cuestionar la idea– si en su criterio cabe la celebración, a lo que este replica:

Otra cosa es la de los beneficiarios de la independencia. Y aquí viene la pregunta sobre si conmemorar o celebrar, o si irse para la casa. Bueno, todo eso depende de quién es el que conmemora y quién es el que celebra. Y yo recupero algo que aquí ha flotado por momentos, pero que parece olvidarse, y es la enorme heterogeneidad social que existe en la región [320].

Quizá esto nos ayude a comprender por qué Carmen Bohórquez, al abrir el Coloquio, subrayó el hecho de que «no se logró concluir la independencia cultural, la independencia del pensamiento», para traer el tema al presente y acotar que «[n]o triunfar en este empeño [hoy] equivaldría a construir sobre suelo frágil y cualquier situación de crisis podría revertir el proceso» (17).

De este modo, aunque las páginas del libro se hayan ordenado siguiendo el programa del evento –de los temas propiamente historiográficos a las perspectivas más contemporáneas–, se percibe siempre una voluntad de diálogo con la Historia (no solo entre historiadores, pues se suman las visiones de sociólogos, economistas, filósofos y otros pensadores) que tiende a desempolvar la memoria, a tratar el pasado no por sus valores museísticos, sino como acicate del presente.

Atinadamente, y por esas carambolas del azar concurrente –como diría Lezama Lima (otro intelectual de amplio registro)–, la revista *Casa* publicó en su número 269 un revelador escrito del historiador cubano Jorge Ibarra, que corrobora la actualidad de estos tópicos. Tras reconocer lo debatido de la cuestión independentista, destaca dos corrientes opuestas: una historiografía apegada a la visión de la exmetrópoli, que condiciona la independencia de nuestras naciones al dominio napoleónico sobre España; y otra, desde la clase política y la intelectualidad americana, que se sustenta en el carácter patriótico de un continuo proceso de luchas que desembocan en 1810.<sup>2</sup>

2 Jorge Ibarra Cuesta: «La identidad prenatal y el patriotismo criollo de los siglos xvii y xviii: ¿premisas históricas lógicas de las Juntas autonomistas y del independentismo americano del siglo xix», en *Casa de las Américas*, No. 269, oct.-dic. de 2012, p. 46.

En otro momento del citado artículo, Ibarra apunta:

Se puede discutir también si las revoluciones independentistas representaron cambios en el modo de vida de los estamentos subalternos y en las relaciones sociales de subordinación a la que estos estaban sujetos. Lo que no puede negarse es que la independencia significó el fin de las relaciones de dominio colonial y la liquidación de las formas de absorción del excedente por la metrópoli española. En ese sentido, el movimiento hacia la independencia tuvo objetivamente un carácter anticolonial.<sup>3</sup>

Y concluye enfatizando que «la reconstitución del imaginario patriótico americano creado al calor del diferendo histórico con el poder colonial, nos permite rebatir la afirmación hegeliana de que la historia de América no era sino “eco y sombra” de la historia de Europa».<sup>4</sup>

En su ensayo, Ibarra arremete –con intencionalidad pugilística desde la esquina latinoamericana y caribeña del *ring*– no solo con el dato, sino contra otra visión amparada con mayores recursos por las redes de la globalización en el sentido más amplio de la cultura. Y el hecho de que este artículo vuelva en otro medio de la Casa de las Américas a poner el asunto de la independencia sobre el tapete, revela que el libro *Memorias...* aún ha de dar batalla si de pensamiento liberador se trata en esta región del mundo.

Volviendo al volumen, ya en su ponencia Katz hablaba de conmemoraciones, celebraciones y distorsiones, y destacaba como «reivindicaciones más acertadas» aquellas que «hicieron resaltar la inci-

3 *Ibíd.*, p. 65.

4 *Ídem.*

dencia de las luchas sociales en la independencia y confrontaron con la presentación convencional de 1810 como un proceso clausurado» (419). El argentino afirma que este punto de vista convencional olvida

las cuentas pendientes que mantiene la región con la sujeción política, la dependencia económica y la ocupación militar imperialista. Resulta indispensable conocer estos hechos, para comprender que la derrota sufrida por los virreyes fue el episodio inicial de una revolución inconclusa. Completar esta transformación exige batallar por una segunda y genuina independencia [420].

Independencias y emancipaciones, hoy

Ceceña utiliza el plural en su ponencia, lo cual manifiesta el tono del Coloquio, que, además del esclarecimiento retrospectivo –muy interesante desde diversos hechos y naciones puntuales–, se inclina una y otra vez hacia la actualidad, no menos inquietante que hace dos siglos, y a la posibilidad de abrir puertas al futuro.

En otra de sus intervenciones, la intelectual mexicana habla acerca de «un enemigo que se descentra y se vuelve “multipolar”» (472) cuando el enfoque del evento se desplaza –como cabía esperar en un contexto semejante– hacia los procesos de cambios que viven hoy la América Latina y el Caribe, en especial aquellos que se inscriben dentro de la línea del socialismo del siglo XXI.

También resultan llamativos los análisis sobre el crecimiento económico y la proyección de Brasil en el mapa político mundial, como nación que genera una notable influencia en y desde el continente americano.

No cabe duda de que los distintos estatus poscoloniales de las naciones latinoamericanas y caribe-

ñas han dificultado hasta nuestros días la verdadera integración continental, un proyecto soñado desde los inicios de los movimientos libertarios que aún no se logra, aunque se den pasos más certeros en la actualidad.

Con el tema de la revolución asomando en cada espacio, Juan Valdés Paz señala que

además del Estado como institución, nos las tenemos que ver con grupos sociales enmarcados en dichas instituciones y que, por tanto, el problema del papel de estos grupos, su peligro, su verdadera representación, la posibilidad de que colisionen con grupos de interés, hasta el creciente peligro de la corrupción, es uno de los problemas, y uno de los enormes peligros con los que tenemos que lidiar [...] [471].

Y añade:

La izquierda ha sustentado la idea de que las bases populares serían el contrapeso de esos peligros. [...] [A]quí podemos también volvernos a encontrar el problema de si a esas bases populares, a esas masas, las vamos a retomar en términos populistas como recursos políticos o las vamos a retomar en una perspectiva revolucionaria y marxista como actores reales del proceso [471].

De ahí que procurar la integración clamada por varios próceres independentistas compromete, más que a las «naciones», a los «pueblos»:

[...] cualquier consideración sobre esos proyectos nos trae al tema de que si no se acompañan de una concepción radicalmente democrática donde estén todos y actúen todos, estaríamos

haciendo algo parecido a las historias que ya pasaron [...] los pueblos (por generalizar) no solo resisten y vencen por tener la razón histórica, sino por haber alcanzado un nuevo empoderamiento para cambiar las cosas [471].

El Coloquio que *Memorias...* recoge de modo fidedigno es expresión de esa unidad en la diversidad que tanto aportaría a la futura y necesaria integración.

Para encontrar acicates del pensamiento

Esta reseña de un volumen de alrededor de quinientas páginas expone una lectura azarosa, puesto que en todo caso se ha escrito tras varias relecturas, y ello responde a que el abundante material reunido en el libro tiene trigo por todas partes. Tanto para el estudioso como para el lector más general resulta un documento de primer orden, de ahí que sea loable la labor editorial, desde la coordinación del evento por Aurelio Alonso hasta la meticulosa edición de Caridad Tamayo Fernández; así como, en este caso puntual, la muy necesaria y con toda probabilidad extenuante tarea de transcripción realizada por Gladys Pedraza Grandal.

Seleccionar la mayor información posible, cotejarla y luego disponerla de manera potable es un proceso engorroso cuando se trata de palabras que fueron expresadas oralmente, en el calor de los debates. Pero ese es el gran mérito del libro: recoger las sustanciosas intervenciones de renombrados intelectuales que, de lo contrario, solo serían recordadas –de manera parcial, probablemente–, por quienes estuvieron presentes. De ahí la trascendencia de este documento que a su vez hace trascender un momento único.

Palabras aparte merece el diseño de cubierta de Pepe Menéndez –derivado del cartel del evento

del propio Menéndez)–, que supo captar la esencia de ambos al aludir a las diferentes épocas y la diversidad de los pueblos latinoamericanos y caribeños, y asimismo sintetiza la continuidad de la Historia y su importancia para el presente. Posee, además, la frescura para interesar a los jóvenes, a quienes les vendría muy bien la información que aquí se compendia para encontrar acicates del pensamiento.

La pluralidad y, al mismo tiempo, el compromiso intelectual que expresan las diversas opiniones reflejadas, es prueba de la honestidad con que asumieron el evento tanto los invitados como los organizadores. Y *Memorias...* merece, por la profundidad de su contenido y su lograda factura, figurar entre los logros editoriales de la Casa de las Américas. **C**

RICARDO ALARCÓN DE QUESADA

## Un libro indispensable\*

Quisiera ante todo expresar mi profunda alegría por encontrarme una vez más con el querido compañero Luiz Inácio Lula da Silva, que siempre ha estado y siempre estará donde las causas de nuestros pueblos de la América Latina lo reclaman. Saludo también la presencia de mi querido amigo Frei Betto. Y estando ambos aquí, yo quisiera comenzar expresando el dolor y la solidaridad que los cubanos sentimos ante la reciente tragedia que ha sufrido el pueblo brasileño. Quisiéramos en esta ocasión, a través de Lula, de Betto, de todos los amigos y amigas brasileñas que participan en esta Conferencia, transmitir a los familiares de las víctimas nuestros sentimientos de pena y de solidaridad.

Paso ahora a las palabras que he preparado para esta ocasión.

Fue sabia la decisión de abrir este espacio dentro de una conferencia internacional dedicada a José Martí en su aniversario ciento sesenta.

Vamos a hablar sobre un libro que él habría leído con amoroso interés en alguna noche de insomnio, en la soledad de su pobre aposento, sin que lo apartase de su lectura el frío rumor del [río] Hudson. Allí, en Nueva York, el Apóstol había descubierto antes que nadie la naturaleza oculta de aquella sociedad, la corrupción y la violencia de la que

\* Palabras en la presentación del libro de Fernando Morais *Los últimos soldados de la Guerra Fría*, durante el evento «Por el equilibrio del mundo», La Habana, 28 de enero de 2013.



brotaba un Imperio cuya amenaza él convocara a resistir. Lo habría leído con emoción y asombro al encontrarse en sus páginas, en cinco jóvenes que supieron como él vivir dentro del monstruo y preservar intactos la dignidad y el amor a la Patria lejana. Son ellos,

con su altruismo irreductible, quienes rinden a José Martí, desde hace ya casi quince años, el tributo más puro.

El caso de nuestros cinco compatriotas injustamente castigados en los Estados Unidos por luchar contra el terrorismo que tanto dolor ha causado a nuestro pueblo necesitaba de una obra como la que hoy presentamos. Faltaba una voz que fuera capaz de llegar al corazón de la gente, sin retórica vacía, sin la cansona repetición de fórmulas estereotipadas, con la fuerza creadora de un escritor para quien el lenguaje no guarda secretos, un periodista que no conoce límites en su afán investigador.

El capitán Dreyfus estaría aún sepultado en la ignominia; Sacco y Vanzetti jamás habrían sido, aunque tardíamente, reivindicados si Émile Zola y Felix Frankfurter no hubieran sabido asumir su responsabilidad ética e intelectual. Eso es justamente lo que ha hecho mi querido y admirado amigo Fernando Morais.

A Fernando no le hacía falta publicar este libro para promover o consolidar su bien ganada reputación como uno de los mayores escritores de nuestro tiempo. Sus obras, reproducidas en incontables ediciones, se leen en todo el mundo y prácticamente en todos los idiomas. Por su innegable maestría, ha penetrado a través de los grandes circuitos de la llamada industria cultural, incluyendo el cine, sin

haber renunciado jamás a sus convicciones ni a su condición de artista independiente, ni a su lucidez e integridad intelectual.

No le voy a agradecer lo que ha hecho porque esta no es una obra por encargo; nadie le pidió y por supuesto, mucho menos, le indicó lo que habría de escribir. Aunque contó con los testimonios de otros y se nutrió con la revisión de inagotables fuentes documentales, esta es su obra, pertenece por entero a Fernando, es suya como *La Isla*, *Olga*, *El Rey de Brasil*, *Montenegro*, *El Mago*, y otras que forman parte de una brillante trayectoria que en el futuro nos traerá muchas más, estoy seguro, de excelencia semejante.

Aclaro lo que acabo de decir. Por supuesto que la gratitud que él merece es grande porque siempre rescata de la rutina y la mediocridad un oficio que no todos los escritores aprecian ya como una misión humanista.

Cuando trató, desgraciadamente sin éxito, de salvar la vida a dos inocentes, Frankfurter repitió una frase que parecía como un ruego desesperado a los intelectuales y a los periodistas de su tiempo: «*Please, read the transcripts*» (Por favor, lean las actas). Porque la inocencia de aquellos humildes inmigrantes italianos estaba claramente demostrada en las actas y documentos del Tribunal de Massachusetts. La inocencia de Gerardo, Ramón, Antonio, Fernando y René la comprueba quienquiera que lea lo que consta en la documentación de la Corte Federal del Distrito Sur de la Florida en el voluminoso expediente titulado *Estados Unidos versus Gerardo Hernández et. al.*

Quien lo haga, quien lea esos documentos comprobará que la verdadera causa por la cual fueron detenidos nuestros compatriotas era única y exclusivamente la lucha abnegada que ellos libraban contra los grupos terroristas; que la libraron sin armas, sin emplear la violencia, sin maltratar a nadie, sin

desconocer ninguna de las normas de la convivencia civilizada. Así lo reconoció el Gobierno una y otra vez, desde antes de comenzar el juicio hasta en las últimas sesiones en las que la jueza dictó las desmesuradas sentencias contra ellos. El terror al que fueron sometidos los jurados por unos medios locales de prensa que actuaron más como acusadores y persecutores que como órganos de información, algo que como consta en las actas fue protestado por la jueza desde los días iniciales del juicio hasta los días finales del mismo. Varias veces ella le pidió al Gobierno, o sea, a la Fiscalía, que la ayudase a poner fin a aquella situación que hacía imposible la justicia. Obviamente, no tuvo éxito. Ahí se puede encontrar también, revisando el expediente ya referido, cómo el propio Gobierno en mayo de 2001 reconoció que había fracasado en su acusación principal, la supuesta conspiración para cometer asesinato, formulada contra uno de nuestros compañeros, contra Gerardo. Y podrán encontrar también la determinación unánime del pleno de la Corte de Apelaciones ordenando reducir las sentencias de algunos de los compañeros que habían sido condenados ilegalmente a exageradas condenas por un delito que no existió. Así lo dijo en varias ocasiones esa sentencia de la Corte de Apelaciones de Atlanta: «Aquí no hubo nada de espionaje, no hubo nada que pusiese en peligro la seguridad nacional de los Estados Unidos». Pero la gente común no lee esos expedientes judiciales.

La gente común no hace tal cosa. No estudia los tortuosos procesos judiciales, no tiene tiempo para recorrer las interminables y farragosas disputas de jueces, fiscales y abogados. Depende de los medios, de lo que diga su diario local, de lo que reporten la radio o la televisión. Depende, en fin, de lo que digan los periodistas, quienes divulgan la información o la manipulan o la esconden.

Este libro es, entre otras cosas, una indagación periodística encomiable que ilumina incluso aspectos claves del juicio desconocidos hasta ahora, como los antecedentes del *Majesty of the Seas* y de su capitán, que sirvieron para calzar la mentira norteamericana sobre la provocación del 24 de febrero de 1996.

Fernando hizo lo que pocos han hecho. Se batió con las decenas de miles de páginas del caso más largo de la historia norteamericana, buscó y habló con quienes tuvieron relación con el proceso en Cuba y en los Estados Unidos, hurgó en archivos y bibliotecas y, sobre todo, se empeñó por descubrir, más allá de los papeles, quiénes eran las personas involucradas, los seres humanos protagonistas de una historia real que a veces desafía la imaginación.

El resultado no es una explicación jurídica de este prolongado y complicado proceso. Tampoco es un alegato probatorio de la ilegalidad cometida contra los Cinco ni una descripción detallada de sus vidas o de la lucha que ellos libraron para salvar a su pueblo y a otros del terrorismo. Sin dejar de tratar estos aspectos importantes, a ello no se contrae el libro, que también ofrece en diestras pinceladas el contexto de lo que sucedía en Cuba y en los Estados Unidos, y las tensiones públicas y privadas entre ambos países, mientras se desarrollaba la larga saga de estos hombres.

El libro se propone una meta superior imposible para quien no posea el genio de un artista verdadero. Sin ser la biografía de ninguno de ellos, sin embargo nos acerca a los héroes y los muestra como los seres de cuerpo y alma que son. Al asomarnos así a su humanidad concreta nos revela la dimensión exacta de su heroísmo, un heroísmo nada distante del lector.

Por eso *Los últimos soldados de la Guerra Fría* ha alcanzado una impresionante difusión en Brasil,



donde se han agotado varias ediciones y ha merecido especiales reconocimientos. Hoy sale esta, la primera versión en castellano, y debo anunciar que ya se trabaja para que pronto se pueda presentar una nueva edición en Cuba.

Son muchos los que gracias a este libro conocieron en Brasil la verdad de nuestros cinco hermanos y accedieron a una historia que el Imperio y sus grandes corporaciones mediáticas han condenado al silencio y al olvido. Para ellos, para los que han leído este libro, cayó el muro de la ignorancia con que se ha tratado de impedir que la justicia prevalezca. Serán muchos más los que accedan a la verdad a medida que se multipliquen futuras ediciones en inglés y en otros idiomas.

El libro aparece cuando se le requiere con más urgencia, ahora que nuestros compañeros libran la última batalla ante el sistema judicial norteamericano.

Se trata, como probablemente sepan ustedes, de lo que allá se denomina el procedimiento de apelación extraordinaria o *habeas corpus*. Una oportunidad, solo una, que tiene un acusado después que haya recorrido todo el sistema judicial norteamericano hasta la Corte Suprema para de un modo extraordinario volverle a pedir al mismo tribunal que lo condenó en primera instancia que anule o modifique esa condena y que rectifique la situación. Para ello se precisa la presentación de nuevos argumentos, de nuevas evidencias que no estaban a disposición del tribunal en el momento en que se produjo la condena inicial.

Hablé de la campaña mediática de terror sobre los jurados, que condenó a los acusados antes de que empezase el juicio, en la opinión pública, pero cuando terminó el juicio y el proceso de apelación normal, no se sabía lo que habría de descubrirse después, en el año 2006, que esos periodistas realmente, todos, estaban en una nómina del gobierno

de los Estados Unidos, que les pagó para que hicieran lo que hicieron.

El caso de los Cinco ha ido siempre acompañado de esta situación paradójica: es prácticamente desconocido en el mundo porque las grandes corporaciones mediáticas no les han prestado la menor atención durante catorce años, pero en Miami los medios locales de prensa pagados por el gobierno federal se convirtieron en instrumentos para castigarlos y crear un ambiente imposible en aquella comunidad. No se sabía entonces, no lo sabía la jueza cuando se quejó más de una vez, que sus quejas eran inútiles puesto que las personas que creaban ese ambiente de violencia y hostilidad eran en realidad empleados del gobierno federal. Además de eso, poco a poco, en un largo y complicado esfuerzo de la defensa, se han ido sabiendo algunas cosas más. Estoy hablando de supuestos periodistas, que todos tienen estas características, todos sin excepción o son miembros de grupos terroristas de Miami o están estrechamente vinculados a esos grupos. Algunos de ellos han sido declarados culpables de acciones terroristas en los Estados Unidos por tribunales norteamericanos, pero están en la nómina del gobierno federal. Se ha logrado saber que en esa operación se gastaron millones de dólares, cuántos millones de dólares no lo sabemos porque, como ustedes habrán supuesto ya, desde que se presentaron las solicitudes de *habeas corpus*, donde este elemento está en el centro de la petición, el Gobierno sistemáticamente se ha resistido a descubrir, a mostrar los datos que explican esta operación.

La esencia de esa pelea, de esa última batalla a la que me refería, es, precisamente, la exigencia al gobierno de los Estados Unidos para que ponga fin al ocultamiento de evidencias que lo obligaría a liberarlos ya, sin más dilación, a todos y cada uno


de ellos, a los Cinco, sin ninguna excepción. Wáshington debería revelar lo que esconde sobre su conspiración con esos supuestos «periodistas» de Miami a los que dirigió y pagó para desatar una campaña de odio que incluyó amenazas a los miembros del jurado, para crear lo que el panel de la Corte de Apelaciones de Atlanta en el 2005, al anular el juicio, describió como, y lo cito, «una tormenta perfecta de prejuicios y hostilidad». El tribunal debería rechazar la insólita demanda de la Fiscalía que busca eliminar documentos esenciales del *habeas corpus* de Gerardo y, por el contrario, debería anular su brutal condena o al menos, como primer paso, darle la oportunidad de comparecer y refutar la falaz acusación que lo llevaría a morir dos veces en prisión.

La Corte de Apelaciones de California, por su parte, también tiene ante sí la demanda formulada por una prestigiosa organización privada para que Wáshington muestre las imágenes tomadas por sus satélites espaciales sobre el incidente del 24 de febrero de 1996, que fue utilizado maliciosamente para inculpar a Gerardo en un cargo que el propio Gobierno admitió haber fracasado en demostrar. Durante diecisiete años los Estados Unidos han impedido que nadie más pueda ver esas imágenes, porque sabe que ellas prueban que el incidente ocurrió en territorio cubano y en consecuencia el tribunal de Miami nunca tuvo jurisdicción al respecto. El panel de esa Corte superior de California acaba de tomar una importante decisión al ordenar que sea revisada la decisión tomada antes por una instancia inferior que había sostenido la negativa del Gobierno a mostrar dichas imágenes. Estamos a la espera ahora de la reacción gubernamental. Esto ocurrió a finales de la semana pasada.

Algún día triunfará la justicia. Pero no será solo por lo que ocurra en una Corte federal. Gerardo lo

predijo hace años. Será un jurado de millones quien les devuelva la libertad. El libro que hoy presentamos es una muy valiosa contribución al empeño duro y difícil para crear ese jurado.

Fernando dedica palabras muy justas a Leonard Weinglass, quien entregó los últimos años de una vida ejemplar a luchar por la justicia dentro y fuera de los tribunales. La última foto suya, tomada pocas horas antes de la muerte, muestra a Lenny revisando la apelación final de nuestros compañeros. Que él nos dé ánimo para multiplicar la lucha hasta el último aliento, para anticipar el día en que Gerardo, Ramón, Antonio, Fernando y René, aquí en La Habana, celebren con Fernando Morais la victoria.

Muchas gracias. 

SILVIA LLANES

## Un camino hacia la cultura de los pueblos indígenas del Paraguay\*

En 1984 –cuando cursaba mi primer año como estudiante de Historia del Arte– compré un libro que se convertiría en uno de mis mejores compañeros. Subrayado, marcado, dobladas las puntas de sus páginas, ha sido leído cada vez que el tema indígena se convertía en una duda de estudiante o en una preocupación docente. Hasta ahora, *Nuestros primeros padres*, de Manuel Galich, me acompaña, y llenó muchos de los espacios que marcaron mis interrogantes sobre este asunto.

Apuntaba Galich que «[...] penetrar en el pasado guaraní es como adentrarse en un monte virgen o casi cubierto de maleza hermética y apenas trillado por la huella humana».<sup>1</sup> Hoy, después de leer *La belleza de los otros*, y de la mano de Ticio Escobar, he conseguido que, en esa maleza hermética, se abra un camino hacia la cultura de los pueblos indígenas del Paraguay.

*La belleza de los otros* ha sido calificado por Augusto Roa Bastos como un libro bello, un esfuerzo de humildad ritual y sabiduría científica, pero sobre todo un texto iluminador sobre la verdad de vida de los indígenas paraguayos.

\* Palabras leídas el 29 de enero, como parte de las jornadas del Premio Literario 2013, a propósito de *La belleza de los otros*, de Ticio Escobar (La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2012).

<sup>1</sup> Manuel Galich: *Nuestros primeros padres*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, col. Nuestros Países, 2004, p. 384.



La cuestión del arte indígena se clarifica a lo largo de sus cuatrocientas páginas, y no solo por la posibilidad de adentrarse en el conocimiento de la producción artística de los habitantes originarios del Paraguay, sino también porque el ejercicio de su lectura provee de herramientas para la comprensión del arte de los otros, los creadores que se encuentran en la periferia de lo que la cultura occidental considera como la producción artística. Además de una gran investigación sobre la cultura de los indígenas paraguayos, este libro de Ticio Escobar es una reivindicación que posibilita comprender la diversidad cultural de los pueblos originarios de América y ofrece la visión de la vitalidad y la permanencia de sus culturas frente a la occidental dominante.

Permite la comprensión conjunta de la producción artística indígena: en su carácter indisoluble de objeto utilitario, ritual y bello, y recuerda que ella representa la memoria de las comunidades, y que son objetos de resistencia, una oposición cotidiana, continua, significativa, a la acción etnocida de la cultura occidental, impuesta por diferentes vías, desde los tiempos de la colonización hasta la actualidad.

*La belleza de los otros* no es solo un minucioso estudio de la producción artística de los indígenas paraguayos. No ofrece una visión aislada de cada manifestación –en sus divisiones acostumbradas y que suele aplicarse en los estudios tradicionales de historia del arte: arquitectura, pintura, escultura, cerámica, etcétera–; parte del principio productor de pueblos donde estas divisiones son innecesarias y se crea a partir de las necesidades esenciales que

diluyen la línea divisoria entre la forma y la función para crear —como bien explica Ticio Escobar— cosas embellecidas que funcionen.

Partiendo del territorio primero del arte indígena, el cuerpo, se extiende por otras zonas de la producción ritual-material y estética, desde los tatuajes hasta los cestos, pasando por los adornos plumarios, la vestimenta y disímiles accesorios (tocados, máscaras, gargantillas, pinturas corporales), los cuales narran su función y permanencia en las comunidades, explicadas a partir de los niveles de uso de estos objetos y su inclusión en los rituales y en la vida cotidiana de aquellas.

A pesar de la estrategia colonizadora y capitalista de anular las expresiones tradicionales de estos pueblos, de aniquilar sus ritos, de borrar su simbología o de convertir las producciones rituales-utilitarias en objetos de demanda comercial, la permanencia de estas responde a la necesidad de rescatar su repertorio cultural, utilitario y simbólico.

La lectura de este texto de Ticio Escobar hace pensar en un Paraguay multicultural, un principio que puede ser aplicado a los estudios de América y de la riqueza de una producción que sabiamente ha resistido el paso del tiempo y el empuje del consumismo, manteniendo la tradición, adaptándose a las transformaciones en el entorno, volviéndose mestiza cuando fue necesario; cambiando, porque el cambio no es solo una capacidad del arte occidental, es más necesario en la periferia, donde cambiar a partir de la tradición o, pudiera decirse, reubicar la tradición, es una necesidad de sobrevivencia.

«Si un pueblo conserva el control de su producción simbólica», sentencia Escobar, «podrá realizar las innovaciones, ajustes y readaptaciones que exige cada tiempo sin perder el rumbo colectivo ni arriesgar el legado de la memoria» (387). **C**

REINA MARÍA RODRÍGUEZ

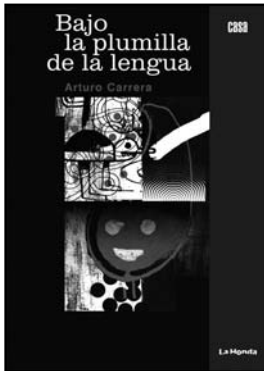
## «Como si nada bastara»\*

El primer libro de Arturo Carrera que tuve fue *Arturo y yo*. Me lo regaló hace más de quince años el poeta cubano Ricardo Alberto Pérez y desde entonces he seguido sus libros, los he perseguido. No los tengo todos, desafortunadamente, algunos al prestarlos ¡los perdí! Pero tengo sus palabras en mis oídos desde hace tantos años que, como depredador hambriento que es cada poeta, supongo que muchas de esas imágenes, vocecitas, estructuras, recorterías, han pasado también a mis textos.

Arturo es un excelente narrador, un cuentista que siempre está moviendo historias, personajes, vidas minúsculas, sin perder su lirismo ni sus imágenes entrelazadas de manera circular y también familiar.

Hubiera querido publicar toda su poesía, pero no fue posible, así que solo entresaqué, picoteé, derramé algunos granos de su obra para el lector cubano que, lamentablemente, apenas lo conoce, y lo tendrá ahora en *Bajo la plumilla de la lengua*. Este poeta minimalista que trabaja con recuerdos, personajes averiados y marginales —como el Coco—, tiene un pequeño libro, un plegable, *Fotos imaginarias con nieve de verdad*, donde la relación entre naturaleza y escritura se hace muy fuerte, se aprieta, en versos como: «no podríamos ser la nieve...», «tampoco los copos son las sílabas...»,

\* Palabras en la presentación del poemario *Bajo la plumilla de la lengua* (La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2013), de Arturo Carrera, el 28 de enero, como parte de las jornadas del Premio Casa 2013.



con un entretreído entre la naturaleza –afuera–, que va hacia la naturaleza de la escritura como naturaleza adentro, asegurándonos la eternidad de la nieve como materia que no puede ser «retocada» ni «borrada», de la misma forma en que la escritura no puede ser «re-

tocada» sin correr el riesgo de derretirse entre las manos.

Porque la palabra viene de la arbitrariedad de la memoria y no puede ser sustituida por algo que no haya sido ante todo sentido, vivido, contado: «solo los ínfimos copos, como el dolor de la alegría frenética / un instante solamente insisten: / no hay olvido, no hay rencor».

Y de pronto, lo que parece de tanta altura intelectual es también un tango, un bolero, una canción infantil. Esa es la grandeza de Arturo: no jerarquizar las sensaciones más que en el código de lo que se ha experimentado y sentido. Por eso, tal vez, los fragmentos que se desprenden de un libro se relacionan con el otro y se enlazan de múltiples formas para entregarnos, más que un libro o muchos libros, al poeta.


Ahora, en su primer viaje a La Habana, ha traído un nuevo libro, *Fastos*, que según nos dice en su prólogo narra los días felices –y ellos, indudablemente, son los de la infancia–, en un día también nevado dejando un rastro en las fotos que se borran en el ordenador. Arturo es ese niño que siempre es nuestro: como hijo, padre, hermano, amante, amigo, conocedor de los deseos que luego vamos perdiendo con el transcurso de los años. Él nos lleva de la mano a la infancia para recuperarla. Tiene dentro de su caligrafía –que asoma con disimulo

por las letricas de los libros con un guiño– ese afán de romper estereotipos y rigidez, sin temor a los diminutivos: abuelita, mujercita, escuelita, cartonitos... con esa intrascendencia de lo que solo el tiempo devolverá trascendente cuando no los tenemos más (a los diminutivos), a los deseos. Porque hemos crecido, se han expandido las esferas, los espacios, pero aún tenemos, como él dice: «colores / para las vocales; vocales para el dolor».

Todavía sigue escribiendo en una libretica-panadero donde desde los siete años escribe. Sus palabras no han cambiado, ni Lezama ni Barthes ni toda la filosofía lo harán caer en la trama de la inteligencia. Sigue siendo un niño, hablándonos al oído, empeñado en recuperar lo que fuimos. Así, agazapado dentro de su libretica, llegó el domingo pasado a la azotea recogiendo los refranes, los pregones habaneros y el nombre de las flores.

Si esperamos de la poesía esa voz que nos brinde compañía, confianza, apoyo, sus poemas han llegado para remover aquellas palabras que a veces ya no escuchamos en graderías de la memoria que se han petrificado, resignificándolas. No las aparta de la cotidianidad, para oírlas, como él dice, porque: «las palabras retumban como flores». Cuando en *Fastos* nos responde sus propias preguntas –esas imprescindibles que casi no se pueden responder en el término de una vida–, y que ya están desde sus libros anteriores: *Arturo y yo*, *El vespertino de las parcas*, *Carpe Diem*, *Potlach*, *El espejo*, *Noche y día*, *Las cuatro estaciones*, entre otros, donde aparece su duda ante las aserciones e imágenes que el poeta confundido imita, es porque ve el «deterioro o crecimiento» y es casi una clase, donde el poeta, como zarzal rojizo, emplea el término «natural» para aplicarlo a la palabra que solo él –a semejanza del zarzal– debe encontrar y tener.

«Como si nada bastara», Arturo devela la felicidad de la nieve, pero también, su parte oscura, el reverso; el blanco y negro de una fotografía, en la amistad, el amor, la alegría, la boda donde está oculta la muerte de la madre, en «la potencia aterradora de la nieve», en Pringles, provincia de Buenos Aires donde nació y donde también nevaba, o en cualquier lugar donde la nieve existe solo en la imaginaria de Julián del Casal, porque «esta nieve tenía voz, y / tenía cuerpo...», se esparcía hasta ser contemplada y querida por otros, en «las fotos que se resistieron / en la aparente oscuridad».

Azotea, 27 de enero de 2013 

MARINELA PIONETTI

## La experiencia de la crítica argentina: novela y tradición\*

«Yo bien comprendo que mi obra os dejará esperando la Perfección, quizá más agudamente. Si más agudamente, mi libro sirvió. Soy el alguno que adivinó que sabéis lo que no es la perfección».

MACEDONIO FERNÁNDEZ

**L**a novela argentina. *Experiencia y tradición*, volumen compilado por Mónica Bueno, con prólogo de Ricardo Piglia, reúne estudios que toman como eje la narrativa de distintos autores partiendo del presupuesto de que en Argentina la novela reconoce un giro constitutivo en la poética de Macedonio Fernández; su teoría altera las bases epistémicas que sustentaban las marcas del género, y propicia la reflexión en torno a las particularidades asumidas por la novela en nuestro país desde su irrupción. Así, un comienzo que analiza las estrategias que sustentan esta inflexión puestas a funcionar en *Museo de la novela de la Eterna*, continúa con un análisis en perspectiva de la producción de escritores como Piglia, Aira, Chejfec y Saer, que permite reconocer el diálogo de sus narrativas con el quiebre instaurado por Macedonio y la repercusión de su teoría del arte en aquellas.

\* Mónica Bueno (comp.): *La novela argentina. Experiencia y tradición*, prólogo de Ricardo Piglia, Buenos Aires, Corregidor, 2012.



En este texto, el prólogo de Piglia actúa como prolegómeno para leer la «diferencia [de la novela] argentina» respecto de la tradición europea y, fundamentalmente, de la latinoamericana, a partir de las singularidades que introduce la poética de Macedonio en relación con las que

definen las de Arguedas y Carpentier, quienes también formulan una base teórica en diálogo con la tradición y elaboran una forma que consolida su concepción del género en su contexto. Mientras el primero parte del sustrato nativo, y el segundo de los «orígenes», situados en las crónicas de la conquista para otorgar una nueva identidad a la novela, Macedonio acude a la esencia de la ficción para hacer propia la tradición universal, es decir, acude al uso de formas canónicas, «somete los procedimientos y las formas del género» para construir algo nuevo, también llamado novela, solo posible en lo que tiene de ficcional, cuyo eje es el cruce indispensable entre ilusión y realidad. Así, define las condiciones para una poética en nuestro país y la hace funcionar en *Museo de la novela de la Eterna, primera novela buena*, en tanto anula los usos precedentes del género e instaura uno nuevo basado en la autonomía plena de la ficción respecto de la realidad. Con esta idea dialoga la obra de los autores abordados en los artículos que componen el libro, diseñando trayectorias individuales donde asoman las huellas de la relación entre experiencia y literatura, entre esta y vida, situadas en la base del *belarte* de Macedonio.

En «Experiencia y forma en *Museo de la novela de la Eterna*», Mónica Bueno abre el panorama de las consideraciones previas referidas por Piglia y

analiza distintos componentes del trabajo del novelista que caracteriza la escritura de Macedonio, en relación con el uso ejercido por la tradición narrativa, poética y filosófica, a las que acude para definir la relación vida/obra, en función de una concepción de la experiencia como experimento, base de su teoría del arte. Para esto, Bueno propone un recorrido por instancias de *Museo...* que dan cuenta de esta relación y permiten descubrir los artificios del género empleados para «impugnar la tensión entre novela y vida». Desde ese modo, desde la elección misma de la novela para socavar su raíz en la tradición realista, el funcionamiento de la figura del ausente en la imaginación –de extensa data en la literatura desde la *consolatio* antigua–, su (des)vinculación con la vida y con el concepto de lo real, guían un análisis que, a la manera de Macedonio, exhibe la recurrencia a una proliferación de teorías exploradas para pensar desde su interior la maquinaria filosófica que subyace en la puesta en funcionamiento de esta desarticulación de la tradición operada por él. La reminiscencia a la literatura de consolación, a la lírica trovadoresca y al modo de la Comedia en la figura de la amada, evidencia la manera en que se filtra la noción de experiencia puesta a funcionar en el relato de la novela. Asimismo, las teorías sobre el realismo, las polémicas en torno a la concepción de la representación en las que se afincó el género y su problematización desde distintas ópticas son recuperadas por Bueno para mostrar cómo opera la conciencia de ficción en la obra de Macedonio, su extensión a la categoría de lector y su relación autónoma respecto de la realidad, marca que define la experiencia.

En «Ricardo Piglia y la máquina de la ficción», María Antonieta Pereira lee *La ciudad ausente* a partir de la mirada urbana y la presencia de la máquina de narrar en ese espacio, concebido

paradójicamente como «lugar del exilio del ciudadano», internamente sitiado, que constituye el tema de la obra. Para pensar su funcionamiento textual, Pereira acude al estudio de Ángel Rama sobre la ciudad letrada, su organización concéntrica reducida hacia el centro a medida que se incrementa el poder, y el concepto de orden que subyace en dicha disposición. Ciudad y máquina son homologadas en tanto productoras de relatos, «desenvuelve[n] el diálogo de los muertos» como forma de resistir a la desaparición de la experiencia. Allí, Pereira ve el anclaje en la poética de Macedonio, en tanto la ciudad es concebida como «museo del arte de narrar que se desea Eterna» (49), cuya realización es posible a partir del funcionamiento de la experiencia como soporte que posibilita escribir la/s historia/s. Esa reminiscencia le permite definir la novela como un «laboratorio textual» que construye una red hipertextual donde las jerarquías son desconstruidas y todos los relatos de la máquina asumen el mismo estatuto, descubre una proliferación de identidades, la pérdida de la propiedad autoral y la referencialidad.

Por su parte, Jorge Fonet recupera, en «*Plata quemada* en retrospectiva», una novela atípica en la producción literaria de Piglia a la que considera como «síntesis de narraciones precedentes», para mostrar el modo en que organiza una tradición dentro de la cual es posible entender su propia obra. A partir del descubrimiento de procedimientos deudores de la «lectura estratégica» que Piglia reconoce en Borges, de escribir sobre otros textos para «hacer posible una mejor lectura de los que escribirá luego», el crítico analiza el diálogo que establece esta obra con su poética, incorporándolo a una genealogía narrativa que se inicia con Macedonio y continúa en Borges. Para esto, Fonet se centra en el funcionamiento descolocador de «temas

vagos y una actitud ante la literatura» que, según él, evidencian la coherencia de la obra de Piglia, la cual percibe, en el epílogo como alterador genérico, en la incertidumbre respecto a la autoría del texto y, fundamentalmente, en la relación entre los trenes y la lectura. Aquí se produce el encuentro entre la realidad y la ficción, entre la tradición literaria universal y la argentina, entre el azar y la ética, como condensación de un núcleo generador de historias que culminan en *El último lector* y que anticipa caminos futuros de la obra de Piglia. El acierto del crítico es el reconocimiento de que una lectura en perspectiva de su novela «más atípica» permite entender los caminos que se han incorporado a ella, e identificar una genealogía en la que se inscribe la obra de Piglia.

Graciela Ravetti analiza en «Juan José Saer: *La grande*. Comunidad, memoria e historia», procedimientos recurrentes en la narrativa de Saer, que le asignan un lugar singular en la tradición argentina. El carácter inconcluso de su última novela permite la asociación con una serie de obras de similares características concediendo, simultáneamente, un carácter universal a su narrativa, rasgo que Piglia atribuye a la «diferencia argentina» en la producción novelística. El funcionamiento de la pareja Gutiérrez-Nula y el descubrimiento de un manuscrito inconcluso –al igual que la novela– son disparadores a partir de los cuales la autora analiza los mecanismos característicos de una percepción del tiempo y el espacio por parte de los sujetos, que implican una concepción particular de la experiencia individual y la historia colectiva. La exhibición del instante en *La grande*, ese «terco y demorado presente» es, precisamente, producto de un modo de señalar el paso de lo percibido por los sentidos a «las criptas de la memoria», y de allí al lenguaje, a la escritura, a la tradición, es decir, a la literatura. Este énfasis en el



momento que deviene demora, lentitud, tiene que ver, según Ravetti, con la exposición de la dificultad de reconocer la impresión dejada por la experiencia, de realizar el pasaje de la percepción del espacio y el tiempo a lo biológico –los sentidos– y de estos al relato. Tal puesta en acto de la experiencia en el lenguaje se asocia, aunque partiendo de otro funcionamiento del experimento, al susto de la inexistencia que postula Macedonio Fernández como constitutivo de la ficción. En *La grande*, Saer utiliza el lenguaje como instrumento para hacer visible esa noción de experiencia, ese instante invisible y enigmático mediante un juego sutil con los límites entre historia, memoria y comunidad.

Otros dispositivos escriturarios analiza Nancy Fernández en «César Aira. El punto de inicio», para caracterizar la narrativa de este autor y, a través de ellos, situarla en la tradición literaria argentina. En este caso, el eje de su prosa se centra en la construcción del narrador, base y sostén de procedimientos de repetición y desplazamientos producidos a nivel textual, que configuran una suerte de «arte de narrar» cuyos ecos repercuten en el exterior, y declaran un posicionamiento específico en el campo intelectual desde 1975 con *Moreira*, hasta la asunción de cierto protagonismo como referente del grupo *Shangai* en la década del noventa. Una estratégica construcción de la figura del narrador permite asumir una suerte de «omniscencia reflexiva» que posibilita el juego con el nombre propio, la recurrencia a motivos como la levedad y la evanescencia que colaboran con efectos de simultaneidad característicos de buena parte de sus novelas, los cuales ponen a funcionar mecanismos diversos a los construidos por Saer para exhibir la experiencia del tiempo. Así, Fernández indaga en los procedimientos textuales y contextuales convergentes en un narrador excéntrico que acude a

señalar el lugar de la narrativa de Aira en la producción argentina del último tercio del siglo xx.

Por último, Edgardo Berg traza un recorrido por la obra de Sergio Chejfec desde su participación en la redacción de *Tiempo Argentino*, en 1982, para señalar la transición desde una narrativa lenta, forjada sobre la base de una sintaxis cargada de paréntesis, guiones y aclaraciones hasta su total disolución en *Los incompletos*, una suerte de ensayo sobre el género o, mejor dicho, sobre su desaparición. El funcionamiento temporal y las estrategias narrativas son homólogas al devenir miserable de la ciudad focalizada desde el vagabundo errante de los personajes que, al circular por espacios heterodoxos de la tradición literaria urbana, constituyen una suerte de exiliados dentro de la propia ciudad y transfieren a la novela esta cualidad. La articulación de un tiempo alterado y una perspectiva marginal o, si se quiere, excéntrica, asociada a la emergencia de un retrato de artista «exiliado», encuentra remanentes en la narrativa de Saer y, aun, de Borges, estableciendo así una filiación con la tradición que lleva al extremo la postulación de sus antecesores en la experimentación con el espacio urbano y el de la novela.

Los seis artículos que conforman *La novela argentina. Experiencia y tradición* establecen un diálogo sobre las posibilidades y los límites del lenguaje, la construcción de la figura de autor, o bien, su ausencia. Todos conversan, a la manera de Macedonio, con su *belarte* mediante el descubrimiento de los experimentos puestos a funcionar en la novela de autores destacados de la narrativa argentina del siglo xx, cuya obra es asimismo producto de un intercambio intenso de estrategias y mecanismos en busca de una forma propia, de una poética que dé cuenta de esa experiencia inefable con la tradición narrativa que es la novela. **C**

## ...y no se lo tragó la tierra —dijo el chicano\*

Cuando en el sistema de educación superior norteamericano es cada vez más frágil la situación de los departamentos de español y estudios étnicos, llega a este lado de nuestra América un ejemplar de *...y no se lo tragó la tierra*, un clásico de las letras y el discurso chicano en los Estados Unidos. Su edición en esta parte del Continente nos obliga a la realización de una lectura crítica.

La literatura se convierte en espacio donde las formas y las estrategias de identificación se manifiestan de maneras tan múltiples como en la vida cotidiana. La representación literaria de las identidades latinas —y véase que se habla en plural—, a través de contextos que las articulan y transgreden, es un reflejo de historias recogidas desde el imaginario social, fruto de la aprehensión de una realidad que en este caso está muy cercana a las experiencias de vida de los escritores. Por tanto, aquellas historias constituyen importantes referentes extraídos de la cotidianidad y relaborados en un producto artístico, que si bien no es copia fiel de lo real, siempre revela algo del ámbito en el que se desempeña el autor.

La chicanidad es una de esas expresiones de identidad latina en las que con mayor énfasis se expresa la fuerza del poder como variable que transversaliza la problemática de su representación cultural. Asociada inicialmente a los pobladores que quedaron atrapados por la frontera tras el Tratado

\* Tomás Rivera: *...y no se lo tragó la tierra*, Buenos Aires, Corregidor, 2012.



Guadalupe-Hidalgo, hoy tal identidad va más allá para constituirse en representación social de buena parte de quienes tienen origen mexicano y residen en el territorio norteamericano.

Como expresión artística, la literatura chicana se erige sobre la (re)producción simbólica de la vida social de sus hombres y mujeres, aun en los casos de las obras más imaginativas. En la que hoy nos ocupa tal análisis es pertinente. Se establece en ella una relación lógica entre literatura-lenguaje y realidad (sociedad) en la cual el signo o lo simbólico es una forma específica de la actividad material práctica que parte, tomando a Raymond Williams, de «las relaciones sociales y que resulta en la significación y creación social de significados mediante el uso de signos formales»,<sup>1</sup> amparados en la apropiación de los sujetos de procesos en los que variables como poder y hegemonía resultan claves. De ahí que desde la recuperación de la oralidad que está en la base del discurso literario chicano en las obras de antropología sociocultural de Américo Paredes, reaparezca el discurso de la tierra con la recuperación de la interacción de los sujetos rurales, desplazados y migrantes, con las estructuras centrales del *mainstream* que intenta regirlos.

A Tomás Rivera (1935-1984), el autor de este libro, le sobaban experiencias para crear esta obra. Hijo de padres migrantes, se movía junto a ellos de un sitio al otro del oeste del país en busca de labores agrícolas para subsistir.<sup>2</sup> Parte de esa experien-

1 Raymond Williams: *Marxism and Literature*, Nueva York, Oxford Press, 1977, p. 51.

2 Ver Tomás Rivera en *The Oxford Encyclopedia of Latinos & Latinas in the United States*, Nueva York, Oxford University, vol. 4, pp. 24-29.

cia, de la expresión y el lenguaje de aquellos con los que se topaba, se advierte en los catorce relatos (o capítulos) de *...y no se lo tragó la tierra*, volumen que fue concebido como una colección de cuentos y terminó siendo editado y leído como una novela.

A partir de esto se puede entender hasta qué punto lo que Rivera revela es lo que percibió como solemnizado o importante por y para los *farmworkers*, protagonistas ineludibles de la narración; cómo fija las conductas socialmente aprobadas o no y los subterfugios que eso entraña; desde qué esquemas percibe y aprecia lo real y lo mágico, tan fuertemente arraigado en la cultura chicana. Los objetos, lugares y personajes seleccionados, las ocasiones relatadas, muestran el modo en que cada sector representado en la lectura se distingue de los otros (los migrantes agrícolas de los espaldas mojadas, de los maestros, de los mexicanos que fueron como soldados a la guerra de Corea, etcétera).

Parafraseando a Pierre Bourdieu, el *capital simbólico específico* del cual parte Rivera, sus disposiciones constitutivas de lo hegemónico, la inclinación a transformarlo que lo llevan a formar parte activa del Movimiento Chicano, están en la base de la obra a partir de sus tomas de partido estilísticas y hasta políticas. Es un miembro más del grupo al que representa a través de su relato, y su escritura lo convierte en su vocero; a la vez que posee una lucidez, conciente o no, que lo hace plasmar en la obra literaria su axiología, de manera crítica. Como refieren Julio Ramos y Gustavo Buenrostro, autores del prólogo a la presente edición, al leer este texto estamos ante una literatura militante.

En cada uno de los relatos (o capítulos) se radicaliza el testimonio alrededor del migrante mexica-

no y las problemáticas que lo acompañan. Ejemplo de ello es la muestra del trabajo como medio de subsistencia del desplazado y el migrante, que tiene el mayor énfasis en «Los niños no aguantaron». Por medio de la retórica del tiempo y la memoria, el autor se adentra en el complejo mundo del trabajo infantil a través de la recurrencia de los sueños. Otro tema que se cruza y se percibe en «Es que duelen» resulta el de los procesos de asimilación en el país receptor y cómo en ocasiones pasan por fluctuaciones que van desde la conflictualidad filial hasta la incorporación a grupos de subculturas y márgenes socioetales, siempre prestándole mucha importancia, ya sea desde la estructura narrativa o la estética del testimonio, al papel que desempeña el lenguaje como portador de una identidad específica dentro de esta cultura. En el relato hay una actitud de denuncia de los factores que conducen al fracaso escolar de los niños migrantes, y aunque pareciera que el tono es pesimista, más bien estamos ante el uso de un realismo cruento, en el cual la escuela es la institución envestida con el poder de manifestar el desprecio y la discriminación hacia este niño que no puede confesar a los padres su expulsión del colegio tras un altercado con otro alumno que ha intentado humillarlo por ser *a mexican kid*.

Pero ahora qué les digo. ¿Que me echaron de la escuela? Pero, si no fue todo la culpa mía. Aquel gringo me cayó mal desde luego, luego. Ese no se reía de mí. Nomás se me quedaba viendo y cuando me pusieron en una esquina aparte de los demás cada rato volteaba la cara y me veía, luego me hacía una seña con el dedo. Me dio coraje, pero más vergüenza porque así me podían ver todos. Luego cuando me tocó leer, no pude [86-87].

Cada uno de estos elementos se enlaza con una intención de visualizar la representación desde la interseccionalidad. Nótese cómo se busca potenciar las formaciones del imaginario social en la producción y reproducción de diferencias y desigualdades partiendo de los criterios que las historias de los personajes marquen como excluyentes o inclusivas en un «nosotros» y los «otros» respecto a la vida de los migrantes. Como expresa Stuart Hall en *¿Quién necesita identidad?*,

[...] pareciera ser que en el intento por rearticular la relación entre sujetos y prácticas discursivas, el problema de la identidad regresa –o más bien, si se prefiere poner el acento de los procesos de subjetivación en las prácticas discursivas y las políticas de exclusión que toda subjetivación semejante parece suponer, el problema de la *identificación*.<sup>3</sup>

La novela, que esta vez edita la naciente colección Vía México, de la editorial Corregidor, muestra el cruce entre variables como nacionalidad/fronteras/etnia-raza-generación, sin ánimos de heroizar a este sector poblacional, sino de mostrarlo como es a los ojos y oídos del autor. Al texto de Rivera lo acompaña en esta edición, además del pertinente prólogo de Ramos y Buenrostro, un ensayo de Jean-Luc Nancy.

De lo expuesto por los prologuistas se destaca la capacidad de señalar rutas comunes entre esta obra y toda la línea del discurso de la tierra que inició Martí con «Nuestra América», que está en cada una de las reformas agrarias y de manera incisiva

3 Stuart Hall: «Introducción: ¿quién necesita identidad?», en *Questions of Cultural Identity*, eds. Stuart Hall y Paul du Gay, trad. Natalia Fortuny, Londres, Sage Publications, 1996, p. 2.

en algunas de las obras de los integrantes del boom de la literatura latinoamericana. Especialmente, se acercan a los puntos comunes con Juan Rulfo y su *El llano en llamas*, identificando en ambas obras no solo el tema de la tierra, sino símbolos constitutivos del Estado mexicano, la presencia de personajes que se mueven desmarcando las cartografías geopolíticas y la aparición de narradores orales. De ahí que la frontera termine siendo, en el caso de la obra de Rivera, la real protagonista.

Los ensayistas declaran que el objetivo central de esta edición de *...y no se lo tragó la tierra* es permitir al lector reconocer categorías pertinentes para el contexto social actual, tales como la pertenencia, residencia o ciudadanía reproducidas por las nociones de identidad nacional y sus instituciones literarias, así como la utilización de un lenguaje relaborado y próximo a los flujos coloniales entre los Estados Unidos y México, pero que resalta porque ha sido adoptado por los sujetos de una minoría que intenta develar los procesos del colonialismo interno, de la mente, presentes en el discurso de una obra que se inscribe históricamente en una época de movimientos sociales e intelectuales de defensa de los derechos de las minorías, de denuncia de discriminaciones, de luchas por liberaciones nacionales, de los estudios poscoloniales y de la negritud.

Para comprender lo contextual de la obra y su relevancia, los editores decidieron añadir el ensayo «Sol cuello cortado», del ya mencionado Jean-Luc Nancy. Este permite encauzar la lectura de la novela dentro de lo chicano, sus definiciones históricas, culturales, sociales e identitarias. Además, descubrir a otros importantes escritores y artistas como Pat Mora, Guillermo Gómez Peña, Omar Salinas, herederos –como Tomás Rivera– de la cosmovisión de Aztlán.

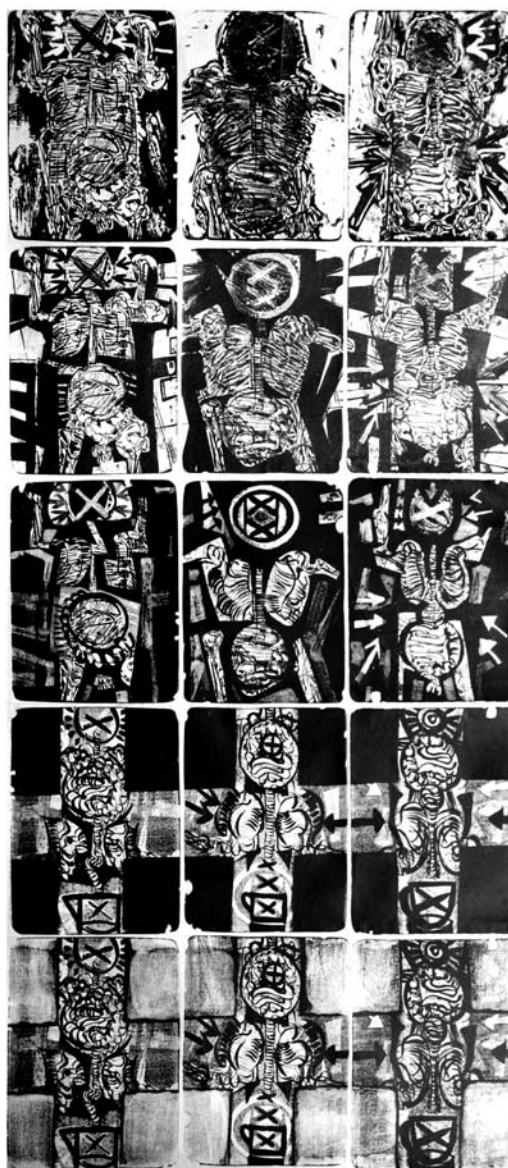
La edición que presenta Corregidor es relevante no solo porque devela para la América Latina la singularidad de un escritor que supo darles voz a sus personajes desde la tradición oral que también ha acompañado a los latinoamericanos que emigraron o fueron desplazados al «otro» lado del río Bravo, sino porque además cuenta con un excelente trabajo de investigación de archivo que se muestra en los anexos.

En ellos se puede leer una introducción de Gustavo Buenrostro que muestra el camino recorrido por la novela desde que era un manuscrito presentado como *Debajo de la casa y otros cuentos* en la edición de 1970 del premio Quinto Sol convocado por la revista *El Grito*, hasta las repercusiones que para el movimiento chicano tuvieron la publicación como novela y la propia figura de Rivera.

Además, lo acompañan los relatos «El Pete Fonseca», excluido de la publicación original debido a las implicaciones que tenía en aquel momento la figura del pachuco, así como «En busca de Borges», posterior a la novela y resultado de sus clases de creación literaria; y más de una decena de documentos originales relacionados con el libro, entre los que se encuentran cartas a Herminio Ríos, de Publicaciones Quinto Sol, parte de la correspondencia entre Luis Valdez y Tomás Rivera que relaciona la aparición de «El Pete Fonseca» en la antología *Aztlán*, y las felicitaciones del dramaturgo por el premio al escritor; la nota que acompañó el ejemplar de la novela enviado a Octavio Paz, la misiva en respuesta a Jesús Chavarría sobre el uso del español en el original, y una a David Epstein en la cual leemos del propio autor que el origen del texto se encuentra en referencias de su infancia.

Entonces, esta primera edición latinoamericana de *...y no se lo tragó la tierra* es el inicio de un camino de reconocimiento y resignificación de la

cultura chicana, sus implicaciones e interacciones con la América Latina y los Estados Unidos. Sirva, pues, para ubicar en nuestra cartografía temática la migración, el trabajo y la memoria, como parte de nuestra agenda de análisis del mundo de hoy. **C**



*S/t*, 1966. Litografía/papel, 1655 x 615 mm